

cantando una triste canción que sollozan  
las cuerdas rasgadas de todos mis nervios.

Todo cuanto escucho  
le parece á mi oído el estruendo  
de las palas duras y trabajadoras  
tu ataúd llenando de cóncavo estrépito,  
y al rodar de las piedras crujientes  
de la caja torva por el lomo negro,  
pienso que retumba tu asilo de tablas  
cual si se quejara todo el Universo.

Un manto de tierra que cubre tu forma,  
siendo tan escaso, me tapa los cielos,  
me tapa los montes, me tapa los mares,  
me tapa la lámpara del Sol sempiterno,  
me tapa el ramaje de todos los mundos  
como si Dios mismo quedárase ciego.  
Una mudez honda traspasa la Vida  
que crucificada pende del silencio;  
la locura viene con ojos de sombras  
y una noche eterna cuaja sus cabellos.  
Duerme, compañera de mis soledades,  
duerme, que yo velo;  
camarada mío, no me olvides nunca,  
no me olvides nunca, madre de mis besos;  
en tu cuna santa duermte, niño mío,  
duerme, que á tu lado yo te estoy meciendo,  
cantando una triste canción que sollozan  
las cuerdas rasgadas de todos mis nervios.

#### EL CALIZ Y EL POETA

En un cáliz gentil de forma grata  
como por un relámpago bruñido,  
con leve golpe desperté un sonido  
como una larga vibración de plata.

Aún á través del tiempo se dilata  
aquel eco del cáliz en mi oído,  
como el temblor de un instrumento herido  
á lo lejos en dulce serenata.

Un poeta es un cáliz que flamea  
donde levanta, al golpear, la idea  
un lamento dulcísimo y sonoro.

Y á través de los siglos caminando,  
aquel eco del cáliz va rodando  
como una larga vibración de oro.

## LA HONDA

El verso es honda de lanzar la idea ;  
dejadla en los ramales sostenidas,  
y, al tirarla, tras rápida mecida,  
rasgado el viento por su luz se vea.

Honda es el verso ; fuerte balancea  
del cerebro la piedra enrojecida,  
y á los futuros siglos impelida,  
caminando veloz relampaguea.

Honda es el verso que la idea lanza  
donde otra forma de expresión no alcanza ;  
las tuyas vierte así, vate severo :

¡ Que aún zumban al pasar por nuestra frente,  
las que arrojó con honda resistente  
el brazo enorme del hercúleo Homero !

## LOS CLAVELES REVENTONES

*A Elisa Revenga.*

¡Qué claveles tan vivos; son llamaradas;  
son cual de una tragedia rojos chispazos;  
claveles semejantes á lumbraradas;  
claveles que parecen pistoletazos!

Cuando al suelo de España, que no se agota,  
llama Abril con el mazo de sus pinceles,  
se rompen sus arterias, la sangre brota,  
y se cuaja en rotundos y amplios claveles.

Y viendo que sus senos en luz se inflaman  
ungiéndose de aromas y de hermosuras,  
triumfales en el viento se desparraman,  
desgarrando en jirones sus vestiduras.

Son pétalos plegados en el capullo  
que en el cerco no caben que los encierra,  
y en el tallo revientan de inmenso orgullo  
y en un fuego de gloria cubren la tierra.

Porque son arrancados de tus vergeles  
y tienen vestidura regia y bizarra,  
te mando ese brazado de ígneos claveles  
atados con las cuerdas de una guitarra.

Cuélgalos de tus rizos como un tesoro,  
y trame la bandera de España un juego  
hecho con tus cabellos, que son de oro,  
y hecho con los claveles, que son de fuego.

Y de tu frente ornando la rubia cima  
donde tiemblan reflejos de luz extraña,  
estará la bandera clavada encima  
de la más alta gloria que tiene España.

Son cual gritos de triunfo de una victoria;  
son discos exaltados de rojas frentes;  
son deslumbrante arenga de fuego y gloria,  
dicha por unos labios de hojas ardientes.

Son pebeteros rojos de los sentidos,  
escudos que despiden rojizas flamas,  
las ascuas de incensarios estremecidos,  
y de un *champán* de pétalos, copas de llamas.

Puestos como crestones de luz del día  
sobre el blanco prodigio de tu escultura,  
parecerás la imagen de la Alegría,  
parecerás la diosa de la Hermosura.

Alzados en tu mano deslumbradora  
en el ambiente pleno de luz y brío,  
tu belleza triunfante será la aurora  
que en alto puesto el cáliz vierte el rocío.

Muéstralos en tu frente de regios trazos  
como lumbres que arrojan los yunques fieros,  
y fingirás, envuelta por los chispazos,  
la musa noble y grande de los herreros.

Ponlos sobre tu pecho, que es urna santa,  
con tus dedos que fingen alas discretas,  
y serás como un ángel que vela y canta  
el sueño misterioso de los poetas.

Alza su copa llena de luz divina  
que el redondel parece de una amapola;  
hazte un velo con ellos, serás ondina;  
ponlos en tu mantilla, serás manola.

Como quien toma un cáliz que esencia exhala,  
llévalos á tu boca, que es de camelia;  
bésalos suspirando, serás Atala;  
bésalos con locura, serás Ofelia.

Pues con unos claveles como divisa,  
en ti está cuanto en famas el mundo llena,  
Julieta, Cleopatra, Safo, Eloísa,  
Laura, Beatriz, Hipatia, Ninón, Elena...

.....  
.....

## LA COFRADIA DEL SILENCIO

(En Sevilla.)

Por la calle lejana, pausado  
viene el Nazareno,  
la frente abatida, la cruz á la espalda,  
la mirada vítrea clavada en el suelo.  
Sólo al contemplarlo  
se cuaja la sangre en el pecho;  
no mira, y sus ojos traspasan el alma;  
no exhala una queja,  
y en el alma se clava su acento.  
Su aspecto terrible  
el valor paraliza en los nervios  
y agujas de nieve  
sãetean de espanto los huesos.  
Montañés á su gran escultura  
transmitiõle un poder tan tremendo,  
que al mirarla, las víboras quietas  
del pecado, sacuden su sueño,  
y revueltas el pecho estremecen  
la conciencia, acosando y mordiendo.

Lenta cofradía,  
 es la del *Silencio*,  
 la imagen conduce  
 sin rumores, ni cantos, ni ecos.  
 Como luna debajo de un lago,  
 cual figura detrás de un espejo,  
 se mueven las luces y avanzan y avanzan  
 borrándose á veces al soplo del viento.  
 La túnica larga tejida de lirios,  
 el cingulo de oro colgado del cuerpo,  
 el cabello mezclado de espinas,  
 moradas las manos  
 y la sangre saltando y corriendo,  
 á la luz amarilla resaltan  
 con los trazos terribles de un sueño,  
 y el séquito mudo camina, camina,  
 como hilera de vagos espectros.  
 Borriones confusos  
 que la noche dibuja á lo lejos,  
 los demás nazarenos deslizan  
 sus ropajes medrosos y luengos,  
 tan leves y largos,  
 que así de la niebla los pálidos velos  
 suben la montaña  
 arrastrando sus pliegues aéreos.  
 A los lados las rejas se abren  
 llenas de semblantes y de ojos despiertos,  
 que en la noche aguardaron las horas  
 del hondo misterio,  
 para ver el callado desfile  
 venir desplegando sus círculos lentos.  
 La luna riéla  
 sin rumor en el líquido inquieto,  
 que copia las flores del fresco naranjo  
 en el trémulo azul de su seno.  
 La gente se agrupa

para ver en las calles el séquito,  
 y baja los ojos que, humildes, no pueden  
 resistir los del gran Nazareno.  
 El áureo incensario  
 sus ascuas meciendo,  
 raya la penumbra  
 con líneas de fuego,  
 y á los aires arroja la nube  
 de místico incienso,  
 que á la luz de los cirios parece  
 la escala en que suben plegarias y rezos,  
 Nada turba la noche; ni cantos,  
 ni sentidas *saetas* del pueblo,  
 ni fúnebres músicas,  
 ni tambores discordes y huecos:  
 volterianas palomas tan solo,  
 en las azoteas orladas de tiestos,  
 á veces transmiten su arrullo de idilio  
 como un largo y ronco murmullo de besos;  
 pero pronto vuelve  
 á reinar el augusto silencio.  
 Las colas se arrastran;  
 los pasos son lentos;  
 con terrible fatiga la imagen  
 pasa bajo el tronco del sacro madero;  
 y cuando de espalda  
 imponente se pierde á lo lejos.  
 las despiertas víboras  
 del pecado retornan al sueño,  
 y en el fondo de sombras del alma  
 se enroscan, y quedan tranquilas de nuevo.

*Jorge Barrios de la Cruz*

## EL ENIGMA

¿Será el morir temido romper de un nuevo día?  
¿Será cambiar de forma, de ser y de armonía,  
y errar por las escalas que forma la creación?  
¿Será que ignotos círculos el cuerpo traspasando  
irá en otras materias sus jugos transformando  
y no acabará nunca su eterna evolución?

¿Será esta oculta vida que inflama nuestras venas  
futuro velo de olas cubriendo las arenas,  
jazmines que desaten su túnica gentil,  
insectos que pululen y floten en el viento,  
semillas que se rasguen y ofrezcan el portento  
de espigas ó clemátides, ó nardos de marfil?

Cuando la eterna noche columbre la mirada,  
¿será la humana forma diversa desbandada  
de savias y de impulsos deshecho su crisol,  
y el corazón, que es rojo, se hará encendidas rosas;  
nuestro mirar, que es luces, se hará piedras preciosas;  
nuestro pensar, que es genio, se hará chispas de sol?

¿Allá, bajo del suelo, será extinción completa  
el vaso en que fué ardiendo la llama del poeta,  
la llama misteriosa de rítmico temblar,  
y en vez de dar imágenes, dará su cuerpo flores,  
y en vez de dar estrofas, dará bellos rumores,  
con pájaros al cielo, con músicas al mar?

¿De un niño que fallece, saldrán lirios nevados?  
¿De virgen que se extingue, saldrán lirios morados?  
¿Saldrán de los caducos las rosas de pasión?  
¿Del mísero demente la adelfa ponzoñosa?  
¿Del dulce enamorado la libre mariposa,  
como una flor brotada del tierno corazón?

¿Y el alma? ¿Vuela libre? ¿Emigra? ¿Se transforma?  
¿Si Dios en todo vive y á todo le da norma,  
y á Dios vuelve su esencia, pudiera el alma infiel,  
cambiar, cual la materia, de círculos y escalas,  
y ser el don divino que da impulso á las alas,  
ó la sublime gracia que ríe en el clavel?

Si el alma en todo flota, fulgor será en el día,  
será en los vegetales aliento y armonía,  
será entre los crepúsculos dulcísima oración,  
temblor en las estrellas, color en el ambiente,  
perfume en el paisaje, tronido en el torrente,  
moral, y ritmo, y lógica de toda la Creación.

Si al sucumbir el hombre se cambia en nuevas vidas,  
y pasa á ser destellos y rosas encendidas,  
ramaje y piedra y onda, cuanto es vida y poder,  
¿se puede llamar muerte su muerte misteriosa,  
cuando es arco de triunfo la piedra de la fosa  
y da paso á mil mundos que se abren á su ser?

Así será, ¡oh Dios mío!; mas yo tiemblo aterrado,  
con un espanto inmenso, jamás imaginado,  
con un pavor tremendo que nadie lo sintió,

del día en que á la tierra mi pobre cuerpo rueda,  
¡y de él, que sintió tanto, partícula no quede  
y se convierta en polvo, cual sombra que pasó!

No quiero que me ofrezcan la tierra por encierro,  
que al hierro de sus vetas de nuevo vuelva el hierro,  
que al jugo de sus cales la cal vuélvese á unir,  
que al fósforo que esconde se sume el que en mi frente materia  
ardió como una lámpara de luz resplandeciente  
con que alumbré cantando mi ignoto porvenir.

No quiero, ¡oh Dios!, que el himno de espíritu y  
que en mí formó tu mano y canta en cada arteria  
y en cada nervio vibra con voz de lo inmortal.  
del arpa que lo encierra las cuerdas deje rotas,  
y cual disperso enjambre dilúyanse sus notas  
en la estupenda y varia canción universal.

Yo quiero, cuando muera, seguir viendo ese cielo,  
el cielo de la patria que fué mi único anhelo,  
tras de cristal que rompa mi fúnebre prisión;  
¡Y cuando el Sol de España por el cenit camine,  
que en ráfagas de luces mis cuencas ilumine,  
y llorará de gozo mi pobre corazón!



#### A LAS VIDAS PERFECTAS

venid á mí las cosas, ya que los hombres pasan  
por el crisol primero de la armonía eterna,  
y aún subirán la escala de innúmeros crisoles  
hasta bañar sus sienes en el Supremo Espíritu;  
venid á mí las cosas maduras de armonía,  
pletóricas de ritmos y de temblores sabios,  
que ya saben el paso de Dios, como las olas,  
como las tercas piedras de pensamientos hondos  
que entre la azul distancia se vuelven fantasía,  
y cerca y lejos, llevan la marcha con que vuelan  
de la Creación inmensa las alas arrastrantes;  
venid á mí las cosas, las cañas hechas versos  
con doctos hemistiquios de cóncavos canutos,  
de complexión tan música, que un baile filarmónico  
describen cuando el viento les sopla en la cimera.  
Venid á mí las cosas, los largos caracoles  
como turbantes huecos de bélico blindaje,  
con coselete rígido de clavos que desgarran,  
y donde está el problema resuelto de la bóveda  
desde el principio oscuro de los remotos siglos.  
Venid á mí las cosas, la página de mieles  
que escribe en los panales la abeja bordadora,

donde la más suprema lección de noble euritmia  
 se da por un insecto á todas las edades:  
 hechas de rubios átomos están sus tenues celdas  
 á los precisos golpes de un vuelo de batuta  
 que ven únicamente las líricas abejas  
 en la calina ardiente del Sol, mientras laboran,  
 Postráos de rodillas, poetas, ante el trozo  
 de versos fabricados de sílabas, de acentos,  
 de balancines músicos y exactos equilibrios,  
 con que á la miel—la idea sostiene el recipiente  
 mil veces prodigioso de un bello panal rubio,  
 que tal vez, por milagro, no rompe en armonía  
 y entona la más alta lección de la cadencia.  
 Venid á mí las cosas, los élitros cantores  
 que asimilando rayos en el hervir del día,  
 incandescentes tornan sus conchas plañideras,  
 porque es el Sol quien vibra, el mismo Sol quien lanza  
 el himno de la vida trocado en instrumento:  
 el Sol arde por música, los élitros lo dicen;  
 imán del Sol, sus palpos se tornan ascuas vivas,  
 y entonces, sus dos cóncavos, lo mismo que dos cuerdas  
 de Sol, que dos bordones de luz, témpianse y cantan:  
 ¡quien oye una cigarra, escucha el Sol inmenso!  
 Venid á mí las cosas, las hojas de los álamos  
 bailando un casto baile de una alegría loca,  
 que ya enseña de un lado redondas esmeraldas,  
 ya muestra de otro lado nevadas arandelas,  
 y el ánimo ilumina con su temblor riente  
 de innúmeras sonajas que el viento arremolina.  
 Venid á mí las cosas, las conchas de los mares  
 forjadas para el tumbo con bóvedas potentes  
 que por el fondo inmenso de arenas van rodando  
 y entreabren sus dos pétalos de nácares oscuros  
 para que en ellos entre la luz del Sol, que baja  
 como una escala rubia al fondo de las sombras:  
 sobre sus huecos cóncavos de rayas indelebles,

tiradas con la regla de un dedo de Dios rítmico,  
 originales brillan escritos en colores  
 los rayos jeroglíficos de herméticos idiomas  
 que llevan en sus túnicas el pez, la flor, el pájaro,  
 y que en las conchas ríen con letras enigmáticas  
 como diciendo al alma: «Descíframe y adórame.»  
 Venid á mí las cosas, el juego de parábolas  
 del vuelo de los astros, que trazan calderones  
 sobre el celeste inmenso, como en papel de música,  
 y bailan una danza de enormes mariposas  
 que tienen el tamaño de soles esplendentes.  
 Pesando lo que pesa la cúpula de un orbe,  
 por la atracción sujeto, que es hilo misterioso,  
 por el amor prendido, que es hebra sutilísima,  
 va en el tramado juego de la estupenda danza  
 que bailan revolando los coros de planetas;  
 ¡á tanto llega un hilo de amor, que va arrastrando  
 por el azul eterno la bóveda de un mundo!  
 Venid á mí las cosas, los gestos del crepúsculo,  
 el gran teatro ardiente de luchas y de horrores  
 que finge el horizonte, repleto de puñales,  
 de testas y de túnicas, de gritos y de asombros,  
 donde la inmensa trágica, la Sarah que los siglos  
 encarna y resucita, parece en medio erguirse  
 de ráfagas de sangre, de rayos y cadáveres,  
 lanzando de su boca como un torrente eterno  
 el sacro verbo humano cual Niágara de ritmos.  
 Venid á mí las cosas que lo sublime cantan,  
 que en su armonía llevan la perfección más honda  
 y un elevarse de hostias en su trasluz dibujan.  
 Los hombres aún segregan venenos á raudales  
 y van atravesando por el crisol primero,  
 que es el primer peldaño de una ascensión de filtros...

*Jorge Xavier de la Cueva*

VARIA

## PROLOGO

¿Nunca inclinasteis con fe los oídos al cerco redondo  
de un caracol encantado que engrean marinos lunares,  
donde al igual que por largo turbante, se elevan del fondo  
voces, cadencias, estruendos de trompas y gritos de mares?

En su interior, de las olas se escucha la vida latente,  
y recogida en el hueco de nácar que clama vibrando,  
va la epopeya marina, que abarca del Norte al Oriente,  
como en Iliada de nácares cóncava rugiendo y zumbando.

En lo profundo se escucha la risa de Venus fecunda  
al retorcerse el cabello en las ondas cual trigo ondulante,  
y la carrera veloz de Neptuno que truena rotunda  
con sus corceles que estampan los cascos con ruido gigante.

Si escucha el libre jugar que levantan los raudos tritones  
sobre el cristal infinito que rizos de luces dilata,  
y oís las náyades que aéreas se mecen lanzando canciones  
sobre el colchón de plumajes que embuclan los mares de plata.

Y cuando goza el oído sintiendo del fondo el encanto,  
se oye de pronto subir de los nácares en breve compendio,  
bronca tragedia de bárbaros gritos que hielan de espanto  
al ondular cual penacho en los mares la luz del incendio.

Os cuenta el nácar las madres que lloran, los niños que claman,  
las despedidas, los golpes tremendos que da el oleaje,  
los griteríos que en locos tumultos los vientos derraman  
y al resillar de las cuerdas ardiendo con gozo salvaje.

Y se os figura un actor de mil labios, un trágico intenso,  
el caracol que el magnífico drama recita iracundo,  
con alaridos y lenguas de llamas de son tan inmenso  
como si ardiera cual un promontorio la esfera del mundo.

Son otras veces clamores de tierra los que oye el oído,  
fiestas grandiosas que prenden los lazos de luz de las razas,  
ó de cantantes en noche de triunfo la voz y el sonido,  
ó los broqueles, combates navales y choques de mazas.

Toda la vida, lo intenso y lo grande del mar y la tierra  
del caracol repercute en los círculos igual que un encanto,  
en cuyo fondo se escuchan vibrantes, al par de la guerra,  
los oradores, las bombas, los órganos, la risa y el llanto.

El caracol es cerebro que piensa y es pecho que llora,  
es microcosmos que encierra infinito zumbir de cordajes;  
todos los gritos los tienen sus nácares que el iris colora,  
y de los hombres, las aves, los brutos, los varios lenguajes.

Mi vario libro que el alma ha rimado del mar á la orilla,  
es caracol que tumultos distintos de voces encierra,  
en cuyo largo turbante se esconde la audaz maravilla  
de aprisionar con palabras y ritmos el haz de la tierra.

Pegad ansiosos los dulces oídos buscando su fondo  
y escucharéis ascender en mareas del largo turbante,  
hecha cadencias la vida del hombre que va en lo más hondo,  
como el torrente de voces y gritos de un gran concertante.

Un caracol es mi libro, formado de ritmos vehementes;  
grande es su boca, que vibra cual ancha corona de palma;  
sí os ajustáis á los hondos oídos sus bordes ardientes,  
¡percibiréis el hervir sempiterno del mundo y del alma!

## LA PALMA

Dadme, palmares de oro, la palma más ligera,  
la palma que del bosque palpita en la cimera  
como una larga pluma curvada en móvil haz,  
porque con esa lanza de revibrar sonoro,  
porque con esa pluma de gracia, y luz, y oro,  
yo escriba en mi evangelio los salmos de la paz

Quiero cortar mi pluma del palmeral sagrado  
que está por Dios unguido, por Dios santificado,  
para trazar mis himnos cual páginas de amor:  
aguas de cumbres sean mis cláusulas rientes  
donde á abrebarse vengan las tormentosas fuentes  
y siéntanse inundadas de música y frescor.

Y así como cruzando sus rutas sempiternas  
sepultan los camellos su sed en las cisternas  
entre el incendio vasto del cálido arenal,  
hunden las ígneas almas sus labios de improviso  
en mis estrofas llenas de luz del Paraíso  
escritas con la palma sublime y virginal.

Derramen borbotones, cual líquidos veneros,  
ó chorros de simiente lo mismo que graneros  
mis líricas cadencias de plena inspiración:

la palma dicte el verso preñada en nueva vida,  
cual si un renglón de niños meciera estremecida  
al traducir en música la luz del corazón.

Seré el evangelista del nuevo amor del hombre  
hecho familia humana de excelsitud sin nombre;  
mi palma, ni rencores ni guerras narrará;  
como un triunfal Domingo de Ramos florecientes,  
hojas de noble oliva derramará en las frentes  
y con el óleo santo de Dios las unguirá.

Dadme del áureo bosque la palma más divina;  
la que parezca un arco de puerta peregrina;  
bajo mi pluma pase la humana procesión;  
bajo su ojiva de oro pase la vida nueva  
y haré que de los cielos sobre las almas llueva  
una grandiosa Pascua de audaz Resurrección.

Y cuando envuelva en himnos los hombres troquelados  
en la turquesa nueva, por siempre libertados  
de los infames grillos y la opresora cruz,  
seré el pastor que gué la paz del amplio coro  
y haré de mi áurea palma mi báculo de oro  
que llevaré en la mano como un lanzón de luz.

Seré el pastor tranquilo del nuevo amor humano  
que ya anticipa al pueblo con un zumbir lejano  
que atruena cual turbante de inmenso caracol;  
para narrar sereno sus páginas futuras,  
haré un misal sublime de páginas tan puras  
que no lo haya manchado ni un ósculo de sol.

Precisa que sin odios agrúpanse las frentes;  
precisa que serenas maduren las simientes;  
que azadas, ruedas, émbolos realicen su ideal;  
y armónica la raza sus olas desenvuelva,  
y el sístole y diástole su vida le devuelva  
cual dos grandes portentos al corazón social.

Bajo la inmensa cúpula del cielo azul latino,  
Cristo su pan de nuevo nos brinda con su vino  
lleno de eterna gracia, pleno de santo hervor:  
bajo la enorme cúpula de la azulada tienda,  
celebra en paz, ¡oh raza!, tu bíblica merienda  
y haz de Naturaleza tu gran mesa de amor.

Maduros ya los tiempos están de otra armonía,  
hilaron las colmenas la miel de otra ambrosía,  
las aguas del espíritu cambiaron de arcaduz.  
Futuro, abre tu rosa; mi ardiente fe la canta;  
ya de la palma cojo la pluma sacrosanta  
y tiembla entre mis dedos como un airón de luz.